



MERCADO CENTRAL DE SAN FERNANDO (CADIZ)

CADAVERES EXQUISITOS

ANA ROSSETTI

Es ese dado ocre?

-No. Ese es el Ayuntamiento. El Mercado de Abastos está justo atrás ¿véis?. Y el edificio siguiente es la lonja del pescado.

-Están alineados por tamaños, de mayor a menor.

-Y de abajo arriba, como los cubos de las construcciones.

-¿Seguro que es aquí? ¿Esto es San Fernando?

-Claro, mujer.

-¿San Fernando, Cádiz?

-Sí. San Fernando, Cádiz

-Pues parece una postal antigua de Tetuán.

-Pues es la Isla: de donde el Camarón.

-Si tú lo dices....



-Si no os fiáis de mí, haber contactado con la Estrella Polar, que para eso está, para guiar a la gente.

-Pero tú nos gustas más.

-Eres más simpático.

-Y más bonito.

-Ya. Os creéis que como soy hermoso sólo sirvo para lucir, parpadeó molesto el Lucero de la tarde: era un poco susceptible.

-Ser hermoso es un oficio que no todos pueden ejercer.

-Es importante que existan verdaderos profesionales.

-La hermosura es un don, intrínseco e imprescindible, de la naturaleza.

-Vale, pero que conste que, además, sé dónde están las cosas aunque no sea esa mi obligación. Tengo todos mis archivos actualizados, remachó, ya más tranquilo, el Lucero de la tarde.

-Bueno, lucerito, gracias por todo. Hasta luego.

-Que ustedes lo pasen bien, les deseó muy educado el Lucero de la tarde.

Dicho esto, pulsaron el "Esc" para salir del HERMES, que es el programa secreto de las comunicaciones estelares y conectaron el A.R.G.O.S., que es el que da las instrucciones a los mandos y los activa; algo así como un piloto invisible. En la pantalla aparecieron toda clase de operaciones efectuadas por el control de vuelo dirigiendo la nave hacia el punto exacto. El día, la hora, las condiciones climáticas y demás particularidades de la zona almacenados en el banco de datos, se fueron imprimiendo en las tarjetas magnéticas de las tres navegantes. Por fin, el Astrea fue conducido con hábiles maniobras hasta el borde mismo de la atmósfera terrestre y se aparcó allí cuidando no salirse de la raya ni un poquito, pues no tenía permiso de navegación en nuestro cielo.

El Astrea, una vez inmovilizado, deslizó su puerta de espejo blindado y desplegó una estrecha rampa de lanzamiento. Las tres navegantes bajaron por ella y, sin ningún titubeo, se zambulleron en el campo magnético de la Tierra. Habían sincronizado con mucha exactitud el tiempo del que disponían para infiltrarse pues debían aprovechar que el potente telescopio del Observatorio de Marina estuviera enfocando a otro lado. En San Fernando hay un Observatorio para seguir satélites bastante sagaz y no se le suele escapar ni uno. Pero las tres navegantes estaban muy bien entrenadas y eran más veloces que un rayo láser.

Nada más adentrarse en la atmósfera, se abrieron las medusas de plata de sus paracaídas. Caían, conforme lo previsto, como tres centellas o mejor, como tres dardos pero, cuando estaban a pocos kilómetros de alcanzar el objetivo, un viento impetuoso las arrastró y las enredó en una de las palmeras de la Plaza del Rey.

-¿Estáis bien?

-¡Uf!... Sí. Yo, sí.

-Y yo. ¿Nos quedamos aquí mientras llega el enlace?

-No creo que sea una buena idea, hace un viento atroz.



- “Una levanterera horrorosa” decía el Eolómetro.
- ¡Qué barbaridad, esto pega unos vaivenes que ni que estuviésemos en una tabla de windsurfing!
- ¿A que arranca al árbol de cuajo y nos catapulta de nuevo al Astrea?
- Echate un poco para allá que no tengo sitio.
- Es que no puedo ¿No lo ves?
- Oye, en serio, me estoy pinchando con las ramas éstas.

Con bastante dificultad doblaron los paracaídas y los metieron en sus mochilas reglamentarias camufladas de mochilas de salir.

-¿Por qué costará tanto volverlo a meter en su sitio? Cualquiera diría que ha crecido en el viaje.

-A lo mejor es que ha tragado mucho viento.

-Schiss... ¡Cuidado!

-¿Qué pasa?

-Silencio. No os mováis.

-No podemos aunque queramos.

-Mirad para abajo... Nos han descubierto.

-¿Dónde? ¿Quién?

-Yo no veo nada.

-Allí. ¿Lo véis? Ese que está a caballo. Mirad cómo nos señala.

-¡Es verdad! Se lo está diciendo a esa muchacha.

-A lo mejor es una periodista, porque tiene como una libreta para apuntar las cosas.

-O policía.

-Y ahora ¿qué hacemos?

-Pero ¿no véis que son dos estatuas?

-A lo mejor están disfrazados de estatuas pero no son estatuas.

-Pues claro. ¿Por qué vas a tener que saberlo tú todo?

-Pues porque viene en la guía. Es el monumento al General Varela y esa muchacha que decís es la Historia.

-¡Pues vaya! Quién lo diría. Es verdad que está así medio vuelta, pero no le han sacado el parecido, ¿a que no?

-Bueno, ¿viene nuestro enlace o no viene? ¡Qué pesada!

El reloj del ayuntamiento estaba a punto de hacer sonar las campanadas de las siete.

-A lo mejor hemos llegado demasiado pronto.

-¿Pronto? ¡Si ya estamos en noviembre como aquél que dice! Es la Noche la que se está haciendo de rogar.

Sin embargo, las farolas ya estaban encendidas y el cielo dispuesto.

-¿Por qué no bajamos y damos una vueltecita?

-¡Venga!

Y las tres espías descendieron de la palmera hasta el ajedrezado de la Plaza del Rey.

-¿Por dónde vamos? ¿Por la calle Hermanos Laulhé o por la de Isaac Peral?



–No sé. Da lo mismo.

–¡Qué va a ser lo mismo! La de los Hermanos Laulhé está tan empinada... y para colmo el Levante éste.

–Bueno, pues vamos por la otra. Total, Laulhé o Peral, las dos sueñan a árboles.

–Lo que suena de verdad es todo, como si antes hubiésemos estado aquí, como si yo hubiese estado diciendo que os había estado diciendo cada una de estas palabras. Incluso esto mismo.

–Venga, es inútil. Son trampas para perder el tiempo en divagaciones.

–Tienes razón, cumplamos con nuestra obligación y si te he visto no me acuerdo.

Las tres se encaminaron hacia Isaac Peral. Y por allí iban bordeando el costado del Ayuntamiento cuando la Noche, con sus largas piernas, las alcanzó y, como suele hacer, se les presentó de improviso. Ellas se sobresaltaron.

–Ahí va: ¡la Noche! exclamó la primera.

–Creíamos que ya no venías, dijo la segunda.

Para ella esta frase no era una simple forma de hablar, ni para la tercera que preguntó enseguida, muy alarmada:

–¿De verdad? ¿Y por qué? ¿Qué hubiera pasado entonces?

La primera, con aires de persona mayor, suspiró como pidiéndole a la Noche que las disculpara:

–No les hagas caso.

La Noche, muy seria, las observó atentamente. Tanto ella como las tres visitantes extraplanetarias iban de paisano a la manera de la Tierra por lo que era imposible saber de dónde procedían, ni a qué se dedicaban, ni cuál era la graduación de cada una. Además de que, como tenían implantado en el lóbulo cerebral correspondiente un descodificador de idiomas, hablaban hasta con el mismo deje que si fuesen de allí.

La Noche les pidió la contraseña:

–En la víspera de Todos los Santos..., comenzó a decir como por casualidad.

“Los cadáveres exquisitos beben el vino nuevo”, respondieron ellas y le alargaron sus respectivas cartas credenciales. A simple vista era como unos carretes de fotos o pliegos de papel charol enrollados. La Noche los desplegó y les pasó su anillo apretando con fuerza el sello.

A medida que lo deslizaba, iban apareciendo los datos de identificación.

“Apariencia apacible y gestos solícitos. Irradia cotidianeidad, familiaridad, disposición y orden. El verla despierta algo nostálgico, íntimo y dulce. Representa la costumbre y la confianza de lo sabido. Su misión es asegurar la pervivencia de la memoria”, decía la primera ficha.

–Ciertamente, reconoció la Noche, has conseguido el aspecto de lo estable y permanente: tú eres como el olor a membrillo y a alhucema de los armarios repletos de ropa blanca, como el calor de la lumbre anaranjada del brasero, el tacto de un visillo recién



MERCADOS/LITERATURAS



almidonado, o los mundos flotantes que se le cuelan a un niño convaleciente por las persianas de la habitación. Tu nombre clave podría ser Pilar por lo sólido, añadió consultando el archivo de nombres cifrados, o Constanca por lo perdurable. Pero eres tan amable y tan acogedora que te cuadra mejor el de Candela.

–C.A.N.D.E.L.A., tecleó Candela en su tarjeta de identificación. Y el nuevo nombre reemplazó al antiguo por donde quiera que constara.

La Noche leyó la ficha siguiente:

“Mejillas saludables. Aspecto fresco, estimulante, esplendoroso, desbordante de alegría interior. Fácil risa...”

Efectivamente, por los labios de la segunda visitante se cernía una sonrisa a punto de estallar en carcajada.

“Inocencia genuina, siguió leyendo la Noche, colorido, juventud y espontaneidad”...

–Tú coincides con ello, afirmó la Noche muy satisfecha: Pareces ser una criatura libre para la que el pasado no significase atadura ni el porvenir temor. Cuando andas parece como si improvisases una danza en la que tus cabellos formarán parte de la coreografía. Tus pasos son como el arcoiris: no dejan rastro alguno. Tampoco creo que dejen huellas en ti ni el dolor ni las preocupaciones ni los remordimientos. Tan intensa, tan efímera y tan resbaladiza como el presente. Te corresponde el nombre...

–¡Me encantaría llamarme Rocío! le interrumpió ella ¿no os gusta a vosotras?

–Podías llamarte también Rocío, pues eres momentánea y brillante, concedió la Noche, pero la Felicidad es aún más fugaz.

–F.E.L.I.C.I.D.A.D. Sí, eso, asintió ella, encantada.

–La tercera ficha decía así: “Vigorosa, ágil y enérgica. Porte elegante armonioso.

Receptiva, instintiva: de mirada penetrante y reacciones inmediatas. Alerta siempre, nada escapa a su vigilancia. Su característica es la atención que precede a la acción y la impulsa. Representa a lo venidero: la continuidad de las cosas, su devenir, sus consecuencias. Su misión es aprender”.

La noche consultó el listado de los nombres posibles y eligió el de Camino, pues significa la progresión y destino de las cosas y, para una emprendedora, es un buen nombre.

Una vez cumplidos estos trámites, la Noche les entregó los microdiskés con las consignas secretas y, a partir de ese momento, se volvió misteriosa y ya no les dirigió la palabra.

Candela, Felicidad y Camino insertaron los microdiskés en sus respectivos brazaletes que eran procesadores de la realidad e instantáneamente dispusieron de toda la información que necesitaban. Entre los documentos se encontraba la descripción del Mercado.

“Cubo simple, tres naves: dos laterales, más bajas iluminadas por ventanas triples.



En sendas cubiertas, que son planas, cuatro bovedillas de media naranja rematadas por un yarmuz de dos bolas. Nave central, más alta y ancha en cuyas paredes se abren varios grupos de ventanas de a tres. Su tejado es a dos aguas. Calles interiores en donde se alinean los puestos. Dos anchas calles transversales uniéndose con la central configuran la planta en forma de cruz latina con cuatro entradas al extremo de sus brazos”.

Candela, Felicidad y Camino trazaron las líneas virtuales del plano, alzaron las verticales y las líneas de fuga hasta percibirlo tridimensionalmente. Después lo hicieron girar para visualizar de manera simultánea el área de operaciones.

–Se accede a la puerta principal subiendo una escalinata, pero si se entra por la puerta de atrás hay que bajar, observó Camino.

–Eso es muy misterioso, regocijó Felicidad, pero más misterioso es aún que por la puerta que está al lado derecho hay que salir subiendo y por la que está a la izquierda bajando, ¿a que sí?

–Mujer, dijo Candela con la paciencia de una maestra que debe explicar mil veces la misma cosa a una discípula atolondrada: es que el terreno está desnivelado.

–¿Entramos?, sugirió Camino, con su habitual curiosidad.

–Un momento, dijo Candela, tenemos que parcelar.

Las tres abrieron el icono de las Aplicaciones. En el procesador de Candela aparecieron localizados y cuantificados todos los hidratos de carbono; las vitaminas en el de Felicidad y en el de Camino, las proteínas.

Candela, Felicidad y Camino dejaron de comunicarse entre ellas para concentrarse en sus planes: trazaron sus itinerarios respectivos, contabilizaron los materiales disponibles y organizaron la estrategia. Después, se separaron de improviso. Parecían ardillas.

Candela entró por la puerta lateral izquierda, la que da a la Alhóndiga; Felicidad por la de la derecha y Camino, como una reina, por la puerta principal. El cometido de Camino no se ceñía sólo al Mercado de Abastos, debía cruzar la calle Lepanto y ocuparse también de la Lonja.

Las tres visitantes se pusieron manos a la obra, gravemente, como niñas jugando en solitario. Sus dedos procedían con precisión y pericia: rápidos, pero sin atolondrarse, fueron ejecutando sus respectivas tareas. No pensaban lo que hacían, actuaban al dictado de unas órdenes desconocidas. No lo sabían, pero estaban repitiendo movimientos anteriores configurados en sus CD-Rom, al igual que los seres vivos actuamos obedeciendo a nuestros códigos genéticos sin hacer intervenir a la conciencia.

El Tiempo discurre de otra manera en los ámbitos de la magia o del sueño. Ese es el privilegio de la Noche: fingir inmovilidad y desdeñar los cambios. Por eso es imposible saber si tardaron un segundo o un siglo.

Sólo cuando Candela Felicidad y Camino acabaron, el Tiempo recuperó su ritmo natural y todo lo que antes aconteciera fue como si hubiese sucedido en una burbuja ajena a sus leyes.

MERCADOS/LITERATURAS





Cuando el Tiempo volvió a infiltrarse en el Mercado de Abastos y en la Lonja, ellas no estaban, pero no habían desaparecido: las huellas de su visita eran evidentes. La Noche dio el visto bueno: "En la víspera de Todos los Santos los cadáveres exquisitos beben el vino nuevo". Repasó su cuaderno de citas y convocó a todo el mundo. Ahora ella pasaba de ser el enlace a ser la protagonista.

Los recintos del Mercado y la Lonja estaban iluminados y las puertas abiertas invitando a entrar. Guirnaldas de alegres banderitas cruzaban las naves. Los farolillos habían desplegado sus gajos de medialuna. Flores de papel de seda hacían estallar sus frágiles corolas. Pronto, el bullicio y la admiración invadieron ambos edificios. Estaban tan animados como los teatros en las noches de estreno. Los puestos no eran simples expositores de mercancías: carnes, verduras, frutas, hortalizas, cereales, legumbres, o pescados..., sino sugestivos escenarios donde tenía lugar una representación inusitada; los productos del campo, los de la huerta, los del mar, los de corral y matanza, ya no eran alimentos, sino actores: hacían los papeles de los seres humanos.

En efecto: Felicidad había seleccionado los cerebros de las coliflores, los riñones de los tomates tardíos, las nalgas de los albaricoques, las melenas de las cebollas, las desgajadas entrañas de las calabazas, como en las mesas de autopsia. Candela había alzado muros de alubias, cipreses de maíz, había diseñado senderos de garbanzos, parterres de lentejas y alpiste en torno a lápidas purísimas de arroz inscritas con aceitunas negras y cruces de anís estrellado. Camino, por su parte, había amortajado, primorosamente, a los cadáveres con ropitas de niño. Pollos, conejos, pescados, cerdos, terneras, cubrían sus cuerpos deshollados, desplumados e inertes con las mejores galas de un difunto. Pues esta era la misión de todos los primeros de noviembre: recordar que, también ellos, habían sido seres vivos.

Que compartían un sutil, pero verdadero, lazo con los hombres. Que todas las criaturas procedemos del mismo magma primigenio. Que todos nos nutrimos de todos. Que todos somos todos. Que la materia viaja transformándose en todos y cada uno de nosotros. Y estos despojos funerales eran como los de cualquier ser humano en espera del festín de la cadaverina. En este caso, los presentes eran los devoradores.

No es cierto que todo el público presente captase esos mensajes de la naturaleza muerta convertida en cadáver exquisito. Que no pasase de ser una broma macabra o un chiste de mal gusto para los más. Que suscitase la carcajada antes que el asombro o el desagrado antes que la reflexión. Pero fuera lo que fuese era un desafío, una subversión de valores al que jamás se atrevió el carnaval más irreverendo.

En esa Noche del 31 de octubre no podría aventurar nadie de quién era la mano que hacía oscilar cada una de las balanzas del mercado, si la de la justicia o la de la equidad. Pero estaba claro el esfuerzo por compensar el desequilibrio entre los distintos reinos de la naturaleza y la soberanía de los humanos.

Las tres visitantes extraplanetarias, nadie sabe cómo, fueron devueltas a su punto de partida y en ese mismo momento lo olvidaron todo, como si nada hubiera sucedido. Por supuesto que una condición indispensable para una agente secreto es operar en



la memoria volátil, que se carga y se vacía continuamente; por eso ellas, cada día, cada año, comenzaban a partir de cero.

La experiencia no constituía recelo ni escarmiento, sino sistemas de conducta. De ahí la inocencia y el entusiasmo de su entorno perseverante. Nacían cada vez.

Cuando llegaron al Astrea, ya no era una nave espacial, sino la constelación de Virgo, la que rige las cosechas, y ellas se aposentaron allí, entre sus estrellas, sin extrañarse, como si no se hubiesen ausentado jamás. La constelación, al sentirlas sobre ella, emprendió el vuelo a una velocidad supersónica.

Mientras las tres protectoras de las criaturas de la Tierra regresaban a su casa del Zodíaco, sus ropas de trabajo se iban convirtiendo en túnicas resplandecientes, sus paracaídas en nimbos majestuosos y en sus tarjetas de identificación se borraron los nombres claves y aparecieron los auténticos: Ceres, Pomona y Fauna, pues volvieron a ser ellas. ■

ANA ROSSETTI
ESCRITORA

REMEMBRANZAS NEOARABES

El Mercado Central de San Fernando está ubicado a espaldas de la Casa Consistorial de esta bella ciudad de la bahía de Cádiz.

En la actualidad, sus instalaciones son provisionales, en tanto se rehabilita el edificio original, inaugurado en 1928, y que ya fue construido en su día tras demoler otro anterior ubicado en la misma zona.

El edificio original del Mercado Central de San Fernando tiene una arquitectura neoárabe y fue diseñado en su momento como una copia exacta del Mercado de la ciudad de Tetuán, en Marruecos.

Además, junto a las instalaciones generales del Mercado, en un edificio anexo, está el Mercado de Pescados de San Fernando, que fue creado a mediados del siglo XIX y, por tanto, es más antiguo que el propio Mercado central.

Las instalaciones operativas en la actualidad incluyen 124 puestos de frutas y hortalizas, congelados y alimentación variada, junto a 28 puestos de pescados y 9 almacenes.

Los planes de remodelación del edificio original del Mercado pretenden mantener el estilo arquitectónico neoárabe, pero incluyendo las más modernas instalaciones, tanto dentro de la estructura interna del mercado como en los servicios complementarios a los consumidores: accesos, aparcamiento, etcétera.

